



Inmaculada 20014

Adviento

Año de la Vida Consagrada



Cada año este tiempo nos permite asomarnos al gran sueño de Dios. Él quiere y sueña una humanidad nueva, distinta, una familia compuesta de hijos y de hermanos. Unas relaciones nuevas en donde reine la compasión, la reconciliación, el derecho y la paz. *Porque la creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios; ella fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por uno que la sometió; pero fue con la esperanza de que la creación misma se vería liberada de la esclavitud de la corrupción para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios.* En razón de esta Palabra y de esta esperanza, el sueño de Dios no ha terminado, no se ha cumplido, no ha llegado aún a su pleno cumplimiento. Porque Adviento es fundamentalmente anuncio y promesa; y en medio: la esperanza.

El sueño hace relación a la erradicación del mal, de la corrupción, del pecado... pero la restauración y la redención están en orden al perdón, a la filiación plena, a la belleza, al Amor. El nuevo orden, la nueva familia y las nuevas relaciones se basan en un nuevo código soñado por Dios que se realiza en su Enviado, en su Hijo, el Predilecto, el Amado. El sueño de Dios llega a su plenitud con el envío de su propio Hijo, cuando éste anuncia el Reino, cuando aparece en el mundo el Evangelio como base suprema de vida y de entendimiento.

La presencia de María en el sueño de Dios es promesa, es esperanza y es cumplimiento. Ella anticipa y concretiza el sueño de Dios por su belleza, por su limpieza, por su gracia. María se convierte en icono de la cercanía del cumplimiento de la

promesa y de la proximidad de la realización de las esperanzas.

María es humana, como nosotros, pero no conoce la sombra del pecado; en Ella no hay mancha ni obscuridad porque su integridad es plena; en el silencio acoge la voz de Dios y da a luz su Verbo; fue probada hasta el extremo pero nunca vaciló su fe; su plenitud virginal no obstaculizó su maternidad; fue madre y maestra de Jesús, pero se convirtió en discípula de su propio Hijo, que es el verdadero Maestro; no desesperó ante la oscuridad más extrema porque la confianza en Dios confirmó su esperanza; no confió en sus propias fuerzas porque el Poderoso hizo grandes cosas en Ella; no colaboró con las manifestaciones del mal ni del pecado, porque la misericordia y la compasión de Dios llega a sus fieles; no se alió con los poderosos ni con los soberbios porque Dios hace proezas con su brazo y enaltece a los humildes; se alegró más que nadie en la mañana de Pascua porque esperó contra toda esperanza; estaba en el cenáculo, orando, con los discípulos en Pentecostés, pero ella recibió ese Espíritu en la mañana de la visita de Gabriel.

María es celebrada por su blancura y belleza, porque Dios ha mirado su condición humilde y porque se percibe a sí misma como Hija del Altísimo y de la misericordia. María es parte decisiva del sueño de Dios y figura que introduce la realización del sueño. María sabe bien a quién pertenece. María se sabe pertenencia de Dios.

El sentido de pertenencia es crucial en la experiencia cristiana. La

experimentamos de forma personal en el bautismo. Y desde ese ‘encuentro’ empezamos a experimentar la pertenencia a Dios. En verdad esa es la verdadera experiencia de nuestra consagración. Dios nos ha consagrado para Él; Dios nos ha hecho pertenencia o propiedad suya; no es que Dios sea una parte nuestra si no que él ha querido hacernos, por su cuenta, su propiedad y pertenencia. La consagración bautismal y la consagración religiosa es la experiencia primera y culminante de nuestro verdadero sentido de pertenencia. ¿A quién pertenezco, pues? ¿En dónde radica mi consagración? ¿Cómo ha transcurrido o transcurre mi vida consagrada? A veces consideramos un éxito personal nuestra consagración, pero ¿caemos en la cuenta que la consagración también es *vida*? Porque nuestra vocación personal de parte de Dios se hace patente en la respuesta personal y en nuestra decisión de entrar en la vida consagrada, pero ¿nuestra consagración es entendida realmente como *vida*, como radical pertenencia a Dios, como misterio de gracia que me fue dada como don y que Dios lo ha mantenido hasta el día de hoy?

Abrimos ahora el año de la Vida Consagrada. Será un momento importante para la Iglesia, para los religiosos, para nosotros. Pero ¿y si corremos el riesgo una vez más de convertir este año en un cúmulo de iniciativas y actos, ordinariamente más lleno de palabras que de verdadera revitalización, más dado a bellos mensajes que sólo aumentan nuestro desánimo sin que nada importante cambie en nosotros ni a nuestro alrededor?

No es fácil tener a mano todas las respuestas, pero bueno será que el Año de la Vida consagrada empiece a tocar las fibras de la vida, somos vida, hemos sido llamados a la vida, nuestra consagración está en conexión con la vida de Dios, él nos ha llamado y quiere que tengamos vida y vida en abundancia, nuestra consagración y nuestros votos sólo se sostienen en el misterio de la vida de Cristo, vivo y vencedor; la vida de los consagrados ni ha dependido ni depende de los números, ni de los resultados, ni de los triunfos, sino de la vida recibida y de la vida entregada...

Recuperar la conciencia de consagrados nos puede hacer más clarividentes, podemos percibir con más nitidez nuestra vulnerabilidad sin renunciar a ser profecía en medio del mundo, podemos ser mensajeros del Reino aunque nuestra significatividad sea menor que en otros momentos; debemos vivir con más conciencia la esencia de nuestra pertenencia a Dios y apostar por un género de vida basado cada vez más en recuperar la simplicidad como señal de sobriedad, de autenticidad, de radicalidad...

Por eso, tal vez, sea momento oportuno ahora, al empezar el año de la Vida Consagrada, preguntarnos: ¿Cuál es el sueño de mi vida consagrada? ¿Qué vida religiosa me gustaría o no me gustaría vivir? ¿Cómo quiero vivir mi consagración hoy?

El Papa Francisco nos ha comunicado sus sueños. Quiere una Iglesia en salida, una Iglesia que comunique la alegría del Evangelio, quiere que cada creyente se desplace hacia las periferias existenciales y del mundo, sueña con una Iglesia misionera

y que haga del Evangelio la buena y verdadera noticia a los más pobres. ¿No será que aún nos falta valor y riesgo para pasar a la otra orilla? ¿No será que estamos conformes y acomodados en nuestra zona de confort y que hemos renunciado a una nueva versión, con nueva música, de la vida consagrada?

La Congregación de la VC ha publicado dos cartas a los consagrados y ha prometido escribir dos más; han aparecido y seguirán apareciendo durante este año nuevos trabajos, estudios, artículos, libros, congresos, etc., en torno a la reflexión y revitalización de la VC; promoveremos iniciativas, encuentros, celebraciones... que nos ayudarán sin duda a profundizar en la razón y vivencia de nuestra consagración, pero que serán en balde si no arrastra nuestra implicación más absoluta en el deseo de hacer fecunda la iniciativa de Dios en medio del mundo: como la luz, como la sal, como la levadura, como la semilla de mostaza, como el grano de trigo...

Revitalizar hoy la VC es un reto para todos nosotros, cada uno dentro de su propia vocación y carisma, con su configuración propia y con estilo propio. Por eso hay que estar atentos también este año a vuestra aportación a la VC: la vivencia monástica y concepcionista.

¿Y cómo hacer brillar hoy este camino monástico e inmaculista? Pregunta que ya se hiciera Beatriz en su tiempo y que no han dejado de hacérsela la cadenas de hermanas que

han proseguido este divino camino y al que no podéis renunciar. Que nadie os robe el sueño de querer vivir vuestra vocación con gratitud y alegría, con radicalidad y generosidad, con convicción y fidelidad. Que nadie os robe el sueño de querer una vida dedicada por entero a Dios, en silencio y oración, en fraternidad y austeridad, en compromiso con el Reino y con la Iglesia, en espera y esperanza de un mundo nuevo y mejor. Que nadie os robe el sueño de querer una vida consagrada, monástica y concepcionista en fidelidad a los orígenes pero renovada e íntegra para que sea fruto fecundo y maduro en este momento que nos ha tocado vivir.

Que María, la Virgen hecha Iglesia, la que no puso impedimento para que se realizara el sueño de Dios realizado en la Encarnación de su Hijo, os bendiga y os guarde para que en las celebraciones de la Inmaculada, durante este tiempo de Adviento y al inicio del Año de la Vida Consagrada podáis responder con la misma generosidad con que Él os ha colmado.



Fr. Joaquín Domínguez Serna,  
OFM

Asistente

Sevilla, 1 de diciembre de 2014